



Universidad
Nacional
de Rosario

Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

Mi cuerpo ya no era mi casa: Efectos en el devenir de la imagen y del esquema corporal a partir del abuso sexual en la infancia

Modalidad de presentación: Ensayo

Autor/a: María Sol Ricasoli

Legajo: R-5428/3

DNI: 40.473.516

Nombre del docente responsable: Ps. Ana Laura Gerez

Año: 2024

AGRADECIMIENTOS

Quisiera dedicar un momento para expresar mi más profundo agradecimiento a todas las personas que estuvieron a mi lado durante estos años. De cada una de ellas me llevo un aprendizaje enorme.

A mi familia, mi mayor apoyo y fortaleza. Sin su amor incondicional, no habría podido transitar el espacio universitario con la misma determinación. Gracias totales por ser mi refugio y mi impulso, a pesar de la distancia, en cada paso de este camino.

A mis amigos, quienes fueron faros de luz en momentos de incertidumbre. Su apoyo fue fundamental, recordándome que los sueños se construyen juntos. Gracias por estar siempre ahí, sosteniéndome y animándome a seguir adelante.

A Ana Laura Gerez, docente responsable del presente Trabajo Integrador Final, cuyo conocimiento y generosidad fue esencial para la realización de este trabajo. Su dedicación, atención y tiempo permitió que este proyecto tome forma, y por ello le estoy eternamente agradecida.

A Juan Cammardella, docente del Espacio TIF, por ser una parte fundamental del proceso de escritura, quien estuvo dispuesto desde el comienzo, con una inconmensurable paciencia.

Y, por último, a la Universidad Nacional de Rosario, que me proporcionó las herramientas necesarias para cimentar las bases de mi futura profesión. Su compromiso con la educación fue un elemento clave en mi formación.

A todos ustedes, mi más sincero agradecimiento. Su influencia y apoyo hicieron de este trayecto una experiencia transformadora.

ÍNDICE

1

Resumen y palabras claves	3
Introducción	4
Desarrollo	5

1. La noción de abuso sexual en la infancia y su relación con el trauma	5
2. Temporalidad y atemporalidad: lo traumático del abuso sexual en la infancia	7
3. El abuso sexual infantil y su incidencia en el cuerpo	9
4. Cuerpos que hablan: efectos en el devenir de la imagen y esquema corporal	11
Reflexiones finales	13
Referencias bibliográficas	15

RESUMEN

El abuso sexual infantil es una de las formas más graves de violencia contra la infancia que atenta contra la integridad sexual de los niños, niñas y adolescentes, ocasionando efectos devastadores en el psiquismo. Este fenómeno produce consecuencias psicológicas que, a

largo plazo, dejan huellas significativas en el cuerpo y en la psique. En el presente ensayo se aborda como tema central los efectos en el psiquismo relacionados a la imagen y al esquema corporal a partir del abuso sexual en la infancia. Se buscó conocer dichos efectos a partir de diversos conceptos como el abuso sexual en la infancia y su relación con el trauma, temporalidad y atemporalidad del trauma generado y para finalizar se sondeo la incidencia en el cuerpo. El abuso sexual afecta profundamente la imagen y el esquema corporal del niño/a, llevando a disociaciones y sentimientos de invasión que afectan su autoestima y percepción de límites. Estos efectos se manifiestan en síntomas físicos y emocionales duraderos, transformando el cuerpo en un memorial vivo del abuso. Finalmente, el presente ensayo concluye que el trauma del abuso sexual infantil no solo deja marcas en el cuerpo, sino que también afecta la estructura psíquica y la identidad del sujeto, perpetuando un ciclo de sufrimiento que persiste a lo largo del tiempo.

Palabras claves: Abuso sexual en la infancia - Trauma - Imagen corporal - Esquema corporal.

INTRODUCCIÓN

psiquismo relacionados a la imagen y al esquema corporal a partir del abuso sexual en la infancia. Se abordará dicha temática desde una perspectiva psicoanalítica, siendo el abuso sexual una problemática que se manifiesta en el campo social.

Es cierto que el abuso sexual en la infancia es un tema escabroso para descubrir, denunciar y tratar, desde todas las perspectivas. Asimismo, provoca importantes y perdurables efectos psicológicos, sociales y físicos, tanto a corto como a largo plazo. Más allá de las contusiones o el sufrimiento corporal, interesa pensar lo traumático del abuso sexual en la infancia en el psiquismo, en procesos de plena constitución subjetiva. Es así que se sostiene como premisa que la experiencia traumática del abuso sexual en la infancia puede producir efectos en el devenir de la imagen y esquema corporal. Para esto, trabajaremos con las categorías de análisis “abuso sexual en la infancia”, “imagen corporal”, “esquema corporal” y “trauma”.

Bettina Calvi (2008) en su libro *El derecho a la infancia. El maltrato y el abuso: modos de destitución de la niñez*, sostiene que el abuso sexual en la infancia “es la forma paradigmática de una catástrofe privada que acontece en la intimidad y que el/la niño/a sufre en la más absoluta soledad e inermidad” (p. 104). Desde el psicoanálisis, se relaciona al abuso sexual con el trauma. El trauma es un exceso de energía que no se puede procesar, es decir, elaborar psíquicamente. La invasión de un otro y el goce sobre el propio cuerpo permite pensar en esta noción. En el abuso sexual en la infancia, el traumatismo producido reviste un *status* singular que lo distingue de otros traumatismos que pueden padecer los seres humanos (tales como un accidente, un duelo, etc.). Por un lado, porque los niños/as no cuentan con los mismos recursos que los adultos, dado que están en pleno proceso de constitución subjetiva, y, por otro lado, porque el cuerpo del niño o niña es utilizado por el adulto para su propio goce, es decir, que el niño/a es puesto por el adulto en lugar de objeto (Calvi, 2004).

Ahora bien, Schilder (1980) dice que para entender el concepto de imagen corporal, hay que considerar su vinculación con la noción de esquema corporal, ya que ambos conceptos se diferencian pero también se correlacionan. El esquema corporal se refiere a lo que uno puede decir o representar acerca de su propio cuerpo. En cambio, la imagen corporal se va constituyendo en el devenir histórico de la experiencia subjetiva, por eso se relaciona con la inscripción, con la demarcación mnémica. La construcción de la imagen corporal se funda, no solo en la historia individual del sujeto, sino también en sus relaciones con los otros. Elaboramos nuestra imagen corporal de acuerdo con las experiencias que obtenemos a través de los actos y actitudes de otros. La diferencia fundamental no radica en el esquema corporal, sino en que cada uno ha sido marcado de forma distinta. La imagen corporal es singular, propia de cada sujeto, y en este sentido se torna singular y propio al esquema. Por lo tanto, el esquema corporal se interrelaciona de tal modo con la imagen del cuerpo, que también está íntimamente ligado a la constitución subjetiva e histórica (Schilder, 1980). De dicha noción surge la inquietud que vuelve sobre nuestro interrogante: ¿qué sucede cuando la experiencia transgresora del abuso sexual irrumpe en la representación del propio cuerpo?

DESARROLLO

1. La noción de abuso sexual en la infancia y su relación con el trauma

Mi percepción de todo el cuerpo era por pedazos. Yo era un brazo o una pierna o una nariz. A veces, una parte podía estar muy presente, pero el pedazo al que iba unido lo sentía tan de madera como si fuera la pata de una mesa, igual de muerto.

(Williams, 2012, p. 20)

El abuso sexual contra niños y niñas constituye un grave problema a nivel mundial, y genera preocupación no sólo por su alta prevalencia sino también por los devastadores efectos que produce. Es una manifestación de maltrato infantil, entendido este como la “forma paradigmática de una catástrofe privada que acontece en la intimidad y que el/la niño/a sufre en la más absoluta soledad e inermidad” (Calvi, 2008, p. 104). De este modo, suele generar daños en las distintas esferas: emocional, física, social y sexual, con los consecuentes costos y pérdidas.

Como se puede apreciar, el abuso sexual infantil está constituido por ciertos elementos centrales que lo caracterizan y que modelan su dinámica. Existe una relación asimétrica entre un niño/a y un adulto (o adolescente), asimetría que puede estar dada por la diferencia de edad, de fuerza, de experiencia y/o de rol. Esta asimetría de poder concede al perpetrador una ventaja, de la cual se aprovecha para acceder al niño/a para su satisfacción sexual. Con este objetivo, impone su voluntad mediante el uso de diversas estrategias de coerción, entre las cuales se cuentan la violencia física, el engaño, la seducción, las amenazas, entre otros (Insúa, 2020). A partir de esto, ¿cómo podemos pensar el abuso sexual infantil y su relación con el trauma? ¿Qué propone el psicoanálisis sobre el trauma?

Como primera aproximación, Laplanche y Pontalis (2004) señalan al trauma como “un acontecimiento de la vida que se caracteriza por su intensidad, por la incapacidad del sujeto para responder a él adecuadamente, así como por los trastornos y efectos patógenos duraderos que provocan en su organización psíquica” (p. 448). Hay que comprender que no existe una definición única acerca de lo traumático, ya que es un concepto complejo.

En la obra de Sigmund Freud es posible localizar una sucesión de teorías traumáticas, vinculadas a momentos decisivos en la construcción de la teoría psicoanalítica. Es necesario remontarnos a los inicios de su obra para rastrear el concepto. En las “Neuropsicosis de defensa” (1976), que elabora junto a Breuer, el trauma psíquico tiene un valor etiológico fundamental, acentuando el aspecto económico. Desarrollos siguientes agrega al concepto de trauma, además del componente económico antes mencionado, un elemento que se vincula a la predisposición: no se trata del trauma sólo como acontecimiento, sino de la huella inscripta, de su reanimación como recuerdo. Sin embargo, es preciso realizar un salto temporal en la obra de Freud. En el texto “Más allá del principio de placer” (1992) afirma: “Llamemos traumáticas a las excitaciones externas que poseen fuerza suficiente para perforar la protección antiestímulo (...). Un suceso como el trauma externo provocará una perturbación enorme de la economía energética del organismo” (p.29), haciendo referencia a la superficie externa de una vesícula viva, cuya superficie cumple varias funciones, una de ellas la de servir como órgano receptor de estímulos. Esto muestra la apertura de la vesícula en un proceso de intercambio con el exterior, lo que nos lleva a pensarla como un sistema abierto, cumpliendo a su vez una función protectora de las energías potentes del exterior haciendo que éstas al entrar se propaguen con menor intensidad. Una vez que esta protección anti-estímulos está constituida, se vuelve inorgánica. Cuando es perforada, comienzan a movilizarse energías desde todo el aparato para crear una contrainvestidura. Cabe puntualizar que no es cualquier estímulo el que logra

perforar la membrana, sino que se tratan de estímulos con gran intensidad y fuerza.

5

Lo trabajado por Freud en el texto antes mencionado nos permite pensar al abuso sexual como un suceso que no está habilitado para ingresar y experimentar una elaboración posible, ya que su fuerza perfora la membrana protectora del psiquismo de niños y niñas dejándolos inermes, sin posibilidad de defensa frente a un adulto que los ubica como objeto de su propio goce, sin reconocerlos como sujetos: "quienes no pueden rehusarse al ejercicio pulsional directo exponen a niños y niñas a traumatismos que la mayoría de las veces ocurren en momentos en que el psiquismo está en constitución" (Toporosi, 1999, párr. 8). Es así, que se experimenta como traumático el abuso sexual, porque además de la irrupción que perfora la membrana, el niño/a no cuenta con las herramientas para defenderse de esa situación.

El abuso sobreexcita el aparato sexual de las víctimas infantiles en forma prematura, quedando sobre-estimulados. El niño/a no tiene la posibilidad de descargar la excitación genitalmente. Es decir, antes de que se desarrolle la capacidad para descargar la excitación, los niños abusados sexualmente cargan sus órganos genitales con una fuerza sobre la que no tienen control. Al mismo tiempo que los excita, los asusta (Calvi, 2016).

Para Freud y luego para Lacan, el padecimiento en la infancia no se deriva sólo del encuentro traumático con el Otro, sino del encuentro con lo real, con lo real del goce en juego en ese encuentro, goce sobre el cual el niño/a no puede poner palabra alguna (Lacadee, 2010). Real que en Freud (1992) designa el encuentro con lo traumático de la sexualidad, encuentro inaugural siempre traumatizante.

Al hablar de lo traumático, Calvi (2003) afirma: "lo traumático alude a una cantidad inmetabolizable que no puede ser procesada bajo los modos habituales, (...) perturba aspectos de la vida del sujeto" (p. 53). Lo que el niño/a vive es desorientador, no puede metabolizar lo que vivencia, lo que le llega es exceso de energía sexual en un cuerpo infantil donde aún no hay representaciones de la sexualidad adulta.

Es desde el concepto de trauma que se demuestra el impacto del abuso sexual y su intento de tramitación psíquica, en tanto que, como aporta Insúa (2020), "el estatuto lógico de un abuso sexual en la infancia es el del acontecimiento traumático" (p.25).

2. Temporalidad y atemporalidad: lo traumático del abuso sexual en la infancia

El olvido imposible del traumatizado es el retorno de algo en lo que el sujeto no se ubica, no se reconoce. Por eso el retorno del trauma es en sí mismo traumatizante.

(Soler, 2009, p. 144)

El concepto de atemporalidad puede ser rastreado en varios autores brindando diferentes apoyaturas teóricas para pensar lo que acontece en la vida psíquica, lo cual deja entrever el alcance que pueden adquirir los acontecimientos traumáticos. La atemporalidad supone una relación no lineal entre pasado y presente. Lo que ha sido puede incidir en el presente en forma retardada. La dimensión temporal da cuenta del dinamismo del inconsciente y su posibilidad de cambio, así como de registrar e integrar experiencias, pasadas y presentes (Revello, 2015).

La existencia de eventos anteriores, ligados a efectos posteriores, implica la temporalidad. Se considera a dicha temporalidad, en cuanto alude a la subjetividad, a la historia propia del sujeto a lo largo de su devenir, es decir, un relato particular subjetivado e historizado en el cual cada sujeto construye una narrativa de su propia vida. El acontecimiento traumático está fuera de los parámetros de la cotidianeidad, su intensidad e impacto sorpresivo producen una escisión subjetiva, algo se desprende del mundo simbólico (Aguilera et al. 2018). Entonces, ¿en qué medida un acontecimiento externo puede ser traumático e interferir en la constitución psíquica?

Decimos que el acontecimiento traumático se trata de un exceso de sentido que queda sin posibilidad de representación y no termina de inscribirse, quebrando la linealidad

del tiempo, por lo que reaparece inesperadamente, produciendo una presencia latente. La temporalidad se deforma de manera tal que produce un estiramiento del pasado hacia el futuro, cerrándose en una circularidad donde la experiencia vuelve una y otra vez. El trauma acaba con el tiempo, borrando toda huella de sentido de unidad del ser y del ser continuo en el tiempo. El pasado se vuelve presente y el futuro carece de otro sentido que no sea el de una repetición interminable (Benyakar y Lezica, 2005). Es condición inherente a estas vivencias traumáticas "la temporalidad circular, congelada" (Benyakar, 2006, p. 44). Se puede afirmar que se trata de un no-olvido, de un acontecimiento que no puede pasar a un tiempo pasado, ni alcanzar el estatuto de recuerdo, sino que aún se encuentra insistiendo por inscribirse, por eso se repite, siempre presente. Lo paradójico en el tiempo del trauma es que se mueve en su propio tiempo, en el tiempo lógico del inconsciente y no en el tiempo cronológico. Esto vuelve interesante el concepto antes citado de una "temporalidad circular congelada" porque sugiere que el trauma atrapa al niño/a en un ciclo repetitivo de dolor y sufrimiento, donde el futuro parece estar predeterminado por el pasado.

Haciendo referencia a esto, Revello (2015) afirma que las huellas traumáticas, en tanto pasado, poseen la cualidad de una percepción actual que impregna el presente y lo asalta de modo permanente. No pueden ser ubicadas dentro de una linealidad tiempo-espacio, y no hay posibilidad de recuerdos encubridores que permitan los desplazamientos del afecto. El efecto traumático de un suceso, va a depender tanto de la intensidad como de las condiciones psíquicas y de los recursos con que el sujeto cuenta, así como también de la manera específica en que cada quien construye el sentido de lo vivido. Es a partir de esta afirmación que podemos distinguir entre lo traumático y lo disruptivo, de lo que se desprende que un mismo acontecimiento va a generar o no daño psíquico, de acuerdo a la singularidad de cada sujeto (2015).

Ahora bien, ¿Cómo podemos pensarlo en relación al abuso sexual infantil? ¿Qué decimos cuando decimos que el abuso sexual infantil es traumático? El abuso sexual infantil puede ser considerado como un suceso disruptivo, esto es, siguiendo a Benyakar (2006), "un evento o situación que tiene la capacidad potencial de irrumpir en el psiquismo y producir reacciones que alteren su capacidad integradora y de elaboración" (p. 41).

7

Las vivencias sexuales que los niños y niñas viven, son experimentadas como intrusión, caracterizadas por la imposibilidad de simbolizar aquello que le acontece. El abuso sexual en la infancia desestructura o estructura de manera muy diferente la subjetividad del niño/a (Calvi, 2016).

Tesone (2001) plantea que cuando el hecho traumático es el abuso sexual, se produce una doble escisión. Por un lado, la propia de todo trauma, y por otro, la irrupción de la sexualidad adulta en el cuerpo del niño/a, forzando la barrera de la paraexcitación y rompiendo a la fuerza el envoltorio Yo-piel del infante. Se produce a la vez una sobrecarga pulsional y libidinal. Esta seducción traumática, produce un fuerte impacto en la construcción de la subjetividad del niño/a. El exceso pulsional que introduce el adulto, en lugar de investir libidinalmente el cuerpo del niño, lo congela, lo petrifica, impregnándolo de pulsión de muerte; "pulsión de muerte desubjetivante", como la llama Green (2007, p. 72). Esto deja una marca inscripta en el cuerpo, desintegrando un yo psíquico y corporal apenas rudimentario que lo impele a la compulsión a la repetición (2001).

Por lo desarrollado, podemos decir que el arrasamiento subjetivo que la irrupción de la sexualidad adulta provoca en el niño/a, logra adherir la culpa y la vergüenza a la sexualidad. La experiencia del abuso sexual en la infancia produce ajenez, esa partición del yo que acontece con la experiencia traumática queda por fuera del sujeto y es vivenciada como ajena, como un imposible. En tanto vivencia, es generalmente reprimida, encerrada, enterrada, como lo que no puede haber sido, como aquello que no es posible representar, porque un sentido en exceso es proporcionado por el adulto.

El abuso, atentará directamente sobre el anclaje de la subjetividad, alterará el orden del tiempo (el orden entre las generaciones, generando un linaje aberrante) llegando a borrar fragmentos de memoria, el vínculo con el otro, los signos de percepción, la construcción de la realidad y del sentimiento de sí; porque hará una intrusión salvaje en el primer objeto de catectización para el yo que dará los indicios de la relación con los objetos de la realidad: el cuerpo propio. (Barros, 2010, párr. 2)

Entonces podemos afirmar que el impacto del trauma retorna una y otra vez, no sólo por el recuerdo de las vivencias, sino ante cualquier otra situación, porque ha sido vivido pero no significado. El horror lo mantiene como un imposible. Giberti (2007) afirma que la reedición continua de la vivencia y el descreimiento al que se ve enfrentado produce estrago en el psiquismo, y en el cuerpo.

8

3. El abuso sexual infantil y su incidencia en el cuerpo

Hay momentos en donde no reconozco lo que veo en el espejo. La imagen que ven mis ojos no es la que tiene mi mente.

(Milocco, 2019, p. 2)

Tengo una profunda sensación de no gustarme, de no quererme, de no querer nada de mi cuerpo. Soy fea, me doy asco, nadie va a poder quererme, creo que estoy dañada para siempre.

(Gonçalvez Boggio, 2016, p. 24)

No hay dudas, entonces, de que el abuso sexual infantil constituye uno de los traumas psíquicos más intensos, y “que sus consecuencias son sumamente destructivas para la estructuración de la personalidad” (Intebi, 2008, p. 34). En la experiencia infantil abusiva, el niño/a entra a la escena sexual con el cuerpo, en algunos casos antes de haber

construido un cuerpo, en términos de su desarrollo psicológico. Es decir, antes de “tener un cuerpo”, es tomado como objeto de goce sexual para otro.

¿Qué sucede cuándo el cuerpo se manifiesta a partir de la transgresión o del abuso? El cuerpo como organismo, el cuerpo físico, se inscribe en la noción de lo que Schilder (1980) denominó esquema corporal. El esquema corporal es la imagen tridimensional de sí, que supone la experiencia inmediata de la existencia del cuerpo como una unidad. Para entender el concepto de esquema corporal, hay que considerar su vinculación con la noción de imagen corporal, ya que ambos conceptos se diferencian pero también se correlacionan. La imagen del cuerpo es la representación que nos formamos mentalmente de nuestro propio cuerpo, la forma en que este se nos aparece.

El esquema corporal se presenta relacionado a una realidad neurológica, y la imagen del cuerpo se refiere a un proceso psíquico. El cuerpo no es producto de sensaciones, sino que se halla coordinado con ellas, las cuales adquieren su significado final sólo gracias a esta unidad, que es una de las unidades fundamentales de nuestra experiencia. El esquema corporal refiere a la experiencia inmediata del cuerpo actual en el espacio (Schilder, 1980).

La imagen corporal es, en su forma definitiva, una unidad. Pero esta unidad no es rígida, sino variable. El esquema corporal será el intérprete de la imagen del cuerpo, sin cuyo soporte sería un fantasma no comunicable. La imagen del cuerpo es la síntesis viva de nuestras experiencias emocionales, interhumanas, repetitivamente vividas a través de las sensaciones erógenas (Schilder, 1980).

Si en tiempos instituyentes, durante los primeros años de vida, en vez de marcas significantes, el otro abusa del cuerpo del niño/a, el colapso produce trastornos no fácilmente reparables. Entonces, podemos afirmar que el abuso sexual marca su singular impronta. Implica una vivencia de extrema soledad y constituye una situación límite para el mantenimiento del funcionamiento psíquico, en cuanto afecta el núcleo más personal y básico de la identidad: el cuerpo. Además de las heridas en el cuerpo, se llega a producir una grieta cuya marca es difícilmente reparable.

Es en este contexto donde el cuerpo se presenta como escenario de lo no dicho, de aquello no elaborado, traumático, que irrumpe en el psiquismo trayendo consigo síntomas o patologías durante el desarrollo. Las consecuencias del abuso sexual infantil serán más graves cuanto mayor sea la magnitud del estímulo traumático, la implicación afectiva y la autoridad simbólica que el abusador represente, relacionado, además, con la prolongación en el tiempo de estos sucesos y su impacto en la temporalidad psíquica (Aguilera et al. 2018).

Entonces, cuando el cuerpo se manifiesta a partir de la transgresión o el abuso, puede llevar consigo una serie de expresiones físicas y emocionales que reflejan el impacto traumático experimentado. El cuerpo es atravesado por lo inmetabolizable del abuso, dejando huellas físicas y psíquicas (Calvi, 2016).

4. Cuerpos que hablan: efectos en el devenir de la imagen y esquema corporal

Cómo borrar las marcas de mi alma,

y de mi corazón,
si nunca podré borrar de mi alma ese dolor.
Más que marcas en el cuerpo,
son marcas en el alma,
son marcas del dolor.

(Ana, 2012, párr. 12)

Partiendo de la idea que la imagen corporal corresponde a la percepción que una persona tiene de su propio cuerpo y que esta percepción se construye a lo largo de su desarrollo, y que el esquema corporal refiere a la experiencia inmediata del cuerpo en el espacio (Schilder, 1980), parece lógico que las experiencias de abuso sexual durante la infancia afecten al esquema y a la imagen corporal.

El abuso sexual en la infancia tiene en la mayoría de los casos efectos traumáticos, que se traduce a veces en multiplicidad de síntomas y, otras veces, en un encapsulamiento, quedando la vivencia traumática aislada del resto de la estructura psíquica, con una eficacia que permanece aún mucho tiempo después del acontecimiento (Toporosi, 2018). Es así que puede traer consecuencias a corto plazo, como implicaciones a largo plazo en relación al cuerpo y su autorepresentación, debido a que este “puede funcionar como un memorial vivo del abuso sexual” (Miller, 2005, p. 138). En este caso, el cuerpo, se convierte en el espacio en el que se graban las impresiones del evento traumático (Nasio, 2008).

Se reconoce que las experiencias vividas a través de las interacciones con personas significativas del entorno contribuyen al desarrollo de la imagen y el esquema corporal (Karr y Simonich, 2012). Así, el abuso sexual en la infancia socava las experiencias interpersonales y de socialización, lo que influye negativamente en la imagen y el esquema corporal. Estando ya dañado por los traumas vividos, una baja autoestima puede conducir a una mayor importancia de la opinión del otro sobre sí mismo, y una mayor permeabilidad hacia lo que transmite el entorno. Además, los niños/as, al oír repetidamente comentarios negativos sobre sí o los demás, corren el riesgo de construir su identidad e imagen corporal en función de estos comentarios. Según Vartanian (2018), los niños/as víctimas de abuso sexual son particularmente vulnerables a las influencias socioculturales. En esta línea, parece entendible que los niños/as corren el riesgo de interiorizar las ideas sobre los ideales de cuerpo y a realizar comparaciones sociales respecto a su cuerpo, lo que contribuye al aumento de la insatisfacción corporal.

El abuso sexual en la infancia tendría un impacto directo en el cuerpo a través de sensaciones y sentimientos de invasión. Tal como menciona Román (2018), las víctimas pueden igualmente revivir su trauma a través de sus cuerpos, lo que los llevaría a tener emociones negativas. Suele observarse una disociación entre sus sentimientos y sus sensaciones corporales. Esto generaría un distanciamiento y no reconocimiento de sus cuerpos y por extensión de sus límites, lo cual crearía ansiedad sobre su aspecto físico. La visión del otro sobre uno mismo se convertiría entonces en necesaria, incluso vital, para construirse a sí mismo. Además, la experiencia de abuso sexual durante la infancia sería asociada a una perturbación de los límites corporales. Estos límites incluyen las fronteras físicas entre el individuo y su entorno y la permeabilidad del cuerpo, o el sentimiento de vulnerabilidad en relación con el propio cuerpo. Dado que los límites del cuerpo son una parte integral de la representación de la imagen y el esquema corporal, el abuso sexual dejaría al niño/a con la impresión de un cuerpo perpetuamente invadido. También provocaría incomodidad con el contacto íntimo y vergüenza sobre el propio cuerpo. Además de este sentimiento, también pueden observarse sentimientos de impotencia, necesidad de control e hipervigilancia. El niño/a que sufre abuso reacciona de forma exagerada ante lo que percibe como una amenaza o ante situaciones similares a las del trauma sufrido (Román, 2018). Entonces, podemos afirmar que el dolor queda grabado en el cuerpo y

existe la sensación de que después del abuso sexual, este se percibe como un lugar diferente, ya no como propio y como hogar.

El abuso sexual, en particular, suele promover una deriva pulsional que devora el cuerpo bajo una angustia sin bordes. Un cuerpo que no se rige bajo la sintomatología metafórica, enigmática, cifrada por el retorno de lo reprimido reaseguro de la división del sujeto, sino por una cuestión que afecta directamente al narcisismo. La furia auto culpabilizante,

el odio por la propia imagen, transforma así el cuerpo en un blanco masoquista. El único modo que parece encontrarse, para tratar lo real en exceso del cuerpo pulsional (...) es el de su martirización: cortes, golpes, privaciones de todo género, quemaduras. (Recalcati, 2003, p. 89)

Aquello traumático que en un primer momento intenta evacuarse pero retorna compulsivamente puede resultar enloquecedor, es lo que hay detrás de

muchos intentos de suicidio (...) no quieren morir, sino que no soportan la presencia permanente e invasiva de las imágenes del abuso. Otros se cortan la piel para sentir un dolor físico que apacigüe el dolor psíquico casi de modo inmediato. (Toporosi, 2018, p. 49)

Es así que podemos decir que a partir del abuso, el niño/a se desconecta de su corporalidad y de la situación traumática, y en la edad adolescente o adulta se evidencia en la ausencia de pautas de autocuidado y autoprotección, desconfianza, dolores que emergen sin explicación somática pero que sí tienen un anclaje psicológico, repetición de dinámicas, y la evocación de experiencias asociadas al abuso no elaboradas.

Marcas en el cuerpo, cuerpo marcado por la historia, pasada, presente o futura. ¿Qué expresan esas marcas en el cuerpo? ¿Qué las produce? Marcas que producen angustia y dolor. Nos referimos a aquellas marcas que designan la huella que deja un golpe, una herida en el cuerpo, las marcas producidas por el abuso sexual en la infancia. Estas marcas son “precipitados de goces obscenos” (Alezzandroni y Piro, 2021, p. 18), dejan personas mutiladas en su cuerpo o su subjetividad. Cuando estas marcas van directo al cuerpo, hiriéndolo tal como ocurre en casos de abuso, el efecto va a incidir en el armado de la imagen del cuerpo y algo más: la estructura psíquica y el destino mismo del sujeto se verán profundamente amenazados (Alezzandroni y Piro, 2021).

Se puede afirmar que el trauma psíquico del abuso sexual aparece, entonces, como registro de un pasado que sigue aquí y ahora, siempre presente, en un psiquismo marcado y un cuerpo con huellas. El abuso sexual es asimilable a una catástrofe al psiquismo, a una implosión, que hace huella. “No sólo es el cuerpo la verdadera víctima (...) es el abuso perpetrado en la psique y en el propio ser” (Kuitca, 2011, p. 292).

REFLEXIONES FINALES

Lo que duele no es el cuerpo,
es la historia que narran de él,
la historia que se cuenta, y la que no se dice.
Lo que duele es la necesidad de proyectar a futuro,
para soportar menos el presente.
Vivir en “algún día” y no vivir acá, ser atemporal.
Estar medio muerto, como forma de estar casi vivo.

(Saavedra, 2023)

Luego de haber transitado el camino de elaboración del presente Trabajo Integrador Final, no se espera dar por concluido el tema, solo aseverar algunas cuestiones en torno al abuso sexual infantil como problemática que afecta a la infancia, momento en el cual el psiquismo, estando en plena constitución, se ve afectado por un acontecimiento traumático, dejando como efecto un psiquismo inerte.

Podemos afirmar que el abuso sexual en la infancia es un fenómeno complejo, resultado de la combinación de factores individuales, familiares y sociales, que deja secuelas que no siempre remiten con el paso del tiempo. Una víctima de abuso ha sufrido un daño psíquico, una herida imposible de localizar en el cuerpo, pero que afectará a la persona en su totalidad. Herida que continuará produciendo efectos, aún después de haber desaparecido el hecho que la generó (Revello, 2015).

La intromisión salvaje de la sexualidad que tiene lugar bajo el abuso sexual infantil provoca tal arrasamiento subjetivo que es inevitable no advertir sus marcas. El atropello al narcisismo suele devorar al sujeto hacia una deriva pulsional con notorios efectos en el cuerpo. Como se ha expuesto, en el abuso sexual infantil encontramos que el Yo recibió un fuerte impacto, dejando a niños y niñas sin posibilidad de defensa, y como uno de los efectos encontramos la repetición de lo traumático. Recordando el trabajo freudiano en donde la membrana que protegía al psiquismo es perforada por un estímulo de gran intensidad, lo que generaba el efecto traumático, el trabajo que resta por delante es el de reconstruir esa membrana que recibió el impacto de lo desconcertante del abuso, donde no hubo medios de defensa contra ese hecho, sino que la indefensión y el sentimiento de traición eran centrales en esa escena. Es un proceso poder elaborar esos sucesos para darle nuevas significaciones; un abordaje posible es por medio de la escucha.

Como vimos, la atemporalidad del trauma incide en la formación subjetiva dejando marcas indelebles en el sujeto. Lo traumático es resultado de la experiencia de una situación disruptiva que, por imprevisible y excesiva, rompe la trama psíquica, generando efectos permanentes que condicionan la construcción de la subjetividad. Deja registros corporales en tanto huellas mnémicas, sensaciones físicas, dificulta la construcción del sentimiento de sí, del cuerpo propio, de la imagen y del esquema corporal. Estos acontecimientos terroríficos se repiten en las pesadillas, en imágenes que se imponen, en la

hipervigilancia, en respuestas emocionales, en el cuerpo, en sentimientos de angustia, entre otros fenómenos, también imposibles de evitar, es decir, “el sujeto no se reconoce implicado, se reconoce aplastado, víctima, pero no toma parte” (Soler, 2009, p. 145). No hay atribución subjetiva en todo lo que sufre, este se impone, habla en el sujeto sin que él se pueda reconocer como Yo en eso que le toca vivir.

El abuso sexual infantil es una problemática que exige nuestro estudio y comprensión, ya que sus efectos en el psiquismo son múltiples e impredecibles. Pensamos al psicoanálisis como una intervención en donde tiene lugar un pasaje fundamental del analizado, el cual va desde la vivencia pasiva del abuso sexual hacia una posición activa y protagonista, brindando un espacio que le permita al sujeto realizar posibles virajes y comenzar a desmarañar lo acontecido. Este es un gran legado del psicoanálisis, que no pierde vigencia: la cura por la palabra continúa produciendo efectos subjetivantes. Esto implica intervenir sobre la subjetividad del analizado, aportando simbolizaciones a sus

13

dichos (Intebi, 2008). Es así que el trabajo terapéutico apunta a poder reelaborar los aspectos de lo siniestro sin palabras, allí donde se operó la desmantelación subjetiva, y también significa poder aceptar la convivencia de la posibilidad de elaboración, con lo penoso de la permanencia del trauma, lo que Primo Levi denominó el “siempre presente” (2015, p. 83). La propuesta, es realizar entrecruzamientos entre dicha temática y lo que el psicoanálisis nos ofrece, con el objetivo de aportar lecturas para posteriores estudios e investigaciones.

Las preguntas de alguna manera no terminan, y seguramente seguirán más allá del presente ensayo: ¿Cuánto tiempo se puede vivir en trauma? ¿Cuál es la magnitud del daño, cuando el evento traumático se instala en el medio de la vida durante mucho tiempo? ¿Cómo amas el cuerpo cuando está lleno de emociones dolorosas?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aguilera, R., Barbieri, M., Bontempo, N., Cordero, S., & Thomann, N. (2018). Abuso sexual infantil: La atemporalidad del trauma, consecuencias psíquicas y su incidencia en el cuerpo. Ponencia presentada en el 2º Congreso Internacional de Victimología, Ensenada.

Alessandrini, N., & Piro, C. (2021). *Cuerpo, época y presentaciones sintomáticas actuales: Interrogantes y desafíos en psicopatología infanto-juvenil*. EDULP.

Ana. (2012). Las marcas en el cuerpo. *Rosario* 3. <https://www.rosario3.com/noticias/Cuerpos-que-hablan-con-tatuajes-palabras-y-cicatric>

es-20120530-0027.html

- Barros, I. (2010). Trauma, subjetividades y profesiones imposibles. *Querencia. Revista de psicoanálisis*, 13. www.querencia.psico.edu.uy/revista_nro13/irene_barros.htm
- Benyakar, M. (2006). Lo disruptivo. En *Amenazas individuales y colectivas: El psiquismo ante guerras, terrorismos y catástrofes sociales* (2ª ed., pp. 27-54). Biblos.
- Benyakar, M., & Lezica, A. (2005). *Lo traumático. Clínica y paradoja. Tomo I*. Biblos.
- Bleichmar, S. (1994). *Temporalidad, determinación, azar: Lo reversible y lo irreversible*. Paidós.
- Calvi, B. (2003). No son más que unas chinitas: Las violencias del abuso sexual en la infancia. En *Del silencio al grito: La violencia nuestra de cada día* (pp. 47-54). Laborde Editor.
- Calvi, B. (2008). *El derecho a la infancia. El maltrato y el abuso: Modos de destitución de la niñez*. Lugar Editorial.
- Calvi, B. (2016). *Abuso sexual en la infancia: Efectos psíquicos* (1ª ed., 4ª reimp.). Lugar Editorial.
- Freud, S. (1976). Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa. *Obras Completas* (Vol. I). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992). Más allá del principio del placer. *Obras Completas* (Vol. XVIII). Amorrortu Editores.
- Giberti, E. (2007). Ponerle nombre a ese daño horroroso: El trauma de la irrupción de la sexualidad adulta en el universo infantil y sus consecuencias ulteriores. *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-87616-2007-07-05.html>
- Gonçalvez Boggio, L. (2016). *Cuando el abuso sexual queda escrito en el cuerpo: Caso Florencia*. UdeLaR.
- Green, A. (2007). *Pourquoi les pulsions de destruction ou de mort*. Editions du Panamá.
- Insua, G. (2008). *Acontecimiento traumático, ¿trauma no sexual?* Letra Viva.
- Insúa, G. (2020). *Abuso sexual en las infancias y adolescencias: El horror más silenciado*. La Docta Ignorancia.
- Intebi, I. (2008). *Abuso sexual infantil en las mejores familias*. Granica.
- Karr, T., & Simonich, H. (2012). Trauma psicológico e imagen corporal. En *Enciclopedia de la imagen corporal y la apariencia humana* (pp. 700-706). Elsevier.
- Kuitca, M. (2011). ¿Cómo enfocar el abuso sexual infantil? El psicoanálisis en la interdisciplina. *Psicoanálisis de Ba*. <http://www.psicoanalisisapdeba.org/wp-content/uploads/2018/05/Kuitca.pdf>
- Lacadee, P. (2010). El niño lacaniano es el niño traumatizado. En *Actas de las Jornadas de la Escuela de la Causa Freudiana*. <http://www.journeesecf.fr/lenfant/lacanien-est-lenfant-troumatise-par-philippe-lacadee>
- Laplanche, J., & Pontalis, J. (2004). *Diccionario de psicoanálisis* (6ª reimp.). Paidós.
- Levi, P. (2015). *Los hundidos y los salvados*. Ariel.
- Miller, A. (2005). *El cuerpo nunca miente*. Tusquets.
- Milocco, N. (2019). *Bombardear la infancia: Cuerpo y trauma en el abuso sexual infantil*. Rodulfos. <https://www.rodulfos.com/bombardear-la-infancia-por-natalia-elisa-milocco/>
- Nasio, J. (2008). *Mi cuerpo y sus imágenes*. Paidós.
- Recalcati, M. (2003). *Clínica del vacío: Anorexias, dependencias, psicosis*. Editorial Síntesis.

1

5

Revello, N. (2015). La atemporalidad del trauma en víctimas de abuso sexual infantil: Su

- incidencia en la construcción del psiquismo y los registros corporales. *Revista Arbitrada*, 1ª ed, 6-17.
- Román, A. (2018). *Conductas protectoras: Manual de prevención primaria de abuso sexual infantil y adolescente para madres, padres y docentes*. Lugar Editorial.
- Saavedra, M. (2023). *Lo que duele no es el cuerpo*. Poesía Gorda.
- Schilder, P. (1980). *La imagen y apariencia del cuerpo humano*. Prensa de Universidades Internacionales.
- Soler, C. (2009). *¿Qué espera del psicoanálisis y del psicoanalista?* Letra Viva. Tesone, J. E. (2001). De la teoría de la seducción a la seducción traumática: Incesto. Ponencia presentada en el 42º Congreso de la IPA, Niza.
- Toporosi, S. (1999). Abuso sexual: Testimonio de una psicoanalista sobre un juicio oral. *Revista del Hospital de Niños de Buenos Aires*, 40, 29-32.
- Toporosi, S. (2018). *En carne viva: Abuso sexual infanto-juvenil*. Editorial Topia. Vartanian, L. R., Hayward, L. E., Smyth, J. M., Paxton, S. J., & Touyz, S. W. (2018). Factores de riesgo y resiliencia relacionados con la insatisfacción corporal y trastornos alimentarios: El modelo de alteración de la identidad. *Revista Internacional de Trastornos de la Alimentación*, 51(4), 322-330. <https://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1002/eat.22835>
- Williams, D. (2012). *Alguien en algún lugar: Diario de una victoria contra el autismo*. Nuevos Emprendimientos Editoriales.